

que cincela y la del boticario que hace píldoras, la de un sano almacenero de suburbio y la de un tuberculoso que agoniza en un sanatorio.

En este sentido la quiromancia parte de premisas verosímiles; de ellas pueden inferirse presunciones perfectamente lógicas, variables con la agudeza individual del observador. Ya conocemos los prodigios de este orden que Conan Doyle hace realizar á su interesante Sherlock Holmes.

Sin embargo, todo eso nos parece superfluo para el ejercicio corriente de la quiromancia. Para conocer á los postulantes vale mucho más una rápida perspicacia; podríamos citar á muchos «concedores de hombres» que no leen las líneas de la mano. Esa aptitud nativa se perfecciona por el ejercicio consuetudinario; en Mad. Fraya, y en otras quirománticas, debe estar desarrollada en grado sumo. A los cinco minutos de estar con una persona adivinan su temperamento, sus inclinaciones, sus gestos y aun sus pasiones del momento. Tienen ojo clínico para conocer el carácter humano, como otros lo tienen para diagnosticar una enfermedad ó para justipreciar la fecundidad de un campo.

Algunas veces Fraya se equivoca, como cualquier perito de otra clase. Todo médico honesto puede referir por docenas sus errores de diagnóstico.

Los fanáticos del ateísmo

Paris, 1905.

Montmartre... ¿Para qué repetir su elogio panorámico, las dulces historias de su bohemia romántica, el reir musical de sus Mimies y sus Musetas con bocas sonoras como sistros, los derroches inadvertidos por manos imprevisoras, la travesura inquieta del cabaret, el eco de voces femeninas que ruedan por las calles como un coro de aulétridas embriagadas en una fiesta dionisiaca?... Llegamos á Montmartre con la fatiga encantadora del que trepa una altura. Fué en una tarde febriciente, democrática; sentiase doquiera un calor de pasiones y de estío, fundiéndose el oro violento del sol con el rojo descabellado de las almas.

Llevamos un tomo de Renán y otro de Stirner debajo del brazo, como salvavidas seguros, antes de sumergirnos en la ola sectaria, rebaño de mil cabezas; bullían en cada una mil sugerencias envenenadoras, como serpientes innumerables de una medusa carmesí. En los gestos altivos se traducían desplantes y amenazas; en cada pupila brillaba una chispa de incendios ignotos; en cada labio pírreteaba una mueca, terrible ó ridícula. Caras pálidas, caras demacradas, caras mudas, por el

odio, por la miseria, por la imbecilidad; en pocas fisonomías proyectaba su resplandor el talento: los caudillos. En la masa torva alterna la blusa mu-grienta del resignado á proletario con la chaqueta dominguera del aspirante á burgués. Bajo las blusas la rebelión se estremece: es ira; bajo las chaquetas se arrastra: es envidia.

En Montmartre la tarde es de «revancha»: el 3 de Septiembre. Los rojos han vencido á los negros y les ponen el pie sobre la nuca, tal como antes sintieron el pie enemigo. El vejamen es igualmente desagradable; tanto da inferirlo en nombre de lo Inquisición como del libre pensamiento. Toda la odiosidad del rebaño sectario converge esta vez hacia el Sacré Cœur, fortaleza de la grey enemiga.

¿Es justa esa actitud? En sí mismo nada es justo, nada es lógico. Toda actitud humana es relativa: es la manifestación de un temperamento más ó menos desbastado por una cultura. Cualquier gesto de odio, soplo de rencor, animosidad enemiga, ambición de venganza, es baja, es propia de almas inferiores: es la cox refleja, el arañazo, el mordisco, pues en los sujetos poco evolutivos persisten atavismos del asno, del perro y de la fiera: la bestia conspira dentro del hombre.

Los librepensadores de hogafío no pueden resistir á la tentación de ser anticlericales; olvidan que siendo anti cualquier cosa dejan de ser libres. El ultramontano y el anticlerical son dos manifestaciones homólogas del temperamento sectario. Es necesario mirarlos como enfermedades del alma colectiva, como casos clínicos del «espíritu gregario» entrevisto por Nietzsche y analizado por Palante. Un amigo de metáforas audaces definiría las sectas como inflamaciones que se producen en el organismo del rebaño.

París enfermó, antes, de clericalismo reaccionario. El Sacré Cœur se irguió rumbosamente sobre Montmartre, como una Bastilla. Desde allí se levantó el vendaval que hizo peligrar las instituciones de la República, en horas tristes, cuando Dreyfus marchitaba su dudosa culpa en la isla del Diablo; se desencadenó la trailla de periodistas y literatos que perseguían la «revancha» de sus fracasos, como si el régimen político fuera culpable de su falta de talento ó su incapacidad para el trabajo. Desde que el presupuesto de la república liberal no bastaba para todos, lógico era que hubiese hervor de protestas. Porque entonces y aquí, como siempre y en todas partes, muchos creían aplaudir ó silbar con manos ó labios, aunque solamente lo hacían con el estómago. Cuando apretaron demasiado el torniquete, el mecanismo se desvencijó. Soplaron otros vientos y se trocaron los papeles. Los cabecillas anticlericales han asido el manubrio y manejan el mismísimo torniquete: tienen la sartén por el mango. La masa popular es la misma. Ayer marchaba contra la Casa del Pueblo cantando el «Corazón santo, tú reinarás»; hoy marcha contra el Sacré Cœur cantando *La Carmañola*.

Ciertos cambios de la política menuda son como los motines de cuartel. Los oficiales suplantán á los jefes, los sargentos á los oficiales: la tropa obedece automáticamente á los más atrevidos ó afortunados. Todo apóstol que predica contra los caudillos, aspira simplemente á suplantarlos, como todo hombre que desprestigia á un marido ante su esposa, anhela ser amante de ésta. El mismo ácrata militante, el anarquista literato ó dinamitero que se dedica á predicar entre las masas—este ejemplo, por extremoso, es el más demostrativo—, presenta, con ello, la propia candidatura para apóstol

ó caudillo, persigue su aplauso ó su admiración con tanto empeño como otros su limosna ó su balota electoral. El verdadero hombre libre no se complica en ninguna logia ó partido, no busca el aplauso de ningún cenáculo ó multitud.

* *

Abreviemos el comentario. La secta vencedora no sabe de generosidades. Para demostrar su horror por los viejos procedimientos, se ha apresurado á copiarlos. Su primer gesto no es de olvido, sino de desquite.

El Consejo municipal de París ha votado una injuria, una agresión histórica; frente á la puerta del Sacré Cœur, sobre el cordón de la acera, en la misma calle Lamack, se erigirá una estatua á la memoria del caballero De la Barre, «mártir del libre pensamiento». ¡Magnífico respeto por la libertad de pensar!

La Federación internacional de los librepensadores, que actualmente celebra en París un Congreso, preluvió sus reuniones con un desfile anticlerical frente á la «maquette» del monumento futuro, colocada provisionalmente en el sitio mismo que ocupará el año próximo. La reunión general fué en el puente Caillaincourt, junto al bulevar Clichy, para subir la colina de Montmartre hasta el Sacré Cœur.

Los manifestantes llegaban por grupos. Una escarapela distinguía á los congresistas, obreros en su casi totalidad. Los prospectos contenían nombres ilustres: Hæckel y Sergi, ausentes; ni siquiera estaban allí los políticos socialistas más notorios: Jaurés, Ferri y Anatole France, anunciados también como atractivos del mitin. De Bélgica vinieron

centenares de congresistas. Entre ellos descubrimos á dos estudiantes porteños domiciliados en Bruselas. No son anticlericales: el uno es violinista y el otro bachiller. Pero se adhirieron al congreso para aprovechar la rebaja de precio en los pasajes: «Por seis francos de Bruselas á París, ¡ida y vuelta!» La misma rebaja que para las peregrinaciones á Lourdes.

Desfilan por las calles sociedades pintorescas. Una mujer lleva un estandarte en cuyo centro lucen, como emblema, dos manos cruzadas estrechando un manojo de pasto; una inscripción dice: «Fecundidad: grupo de mujeres emancipadas.» Detrás de esa bandera se alinea docena y media de hombres, cuyo sexo masculino sería indiscutible si no mediara la inscripción del estandarte. Otro grupo, «Caballeros de la Humanidad», nostálgicos de cualquier título caballeresco; sabiendo que no conseguirán ser caballeros de la Legión de Honor, como cualquier Humbert, Joluzot ó Cronier, se consuelan otorgándose modestamente el título mencionado. La humanidad y el honor son hojarascas equivalentes en el escalafón de la vanidad humana.

De pronto, desde la plaza Clichy, asoma un grupo de treinta mujeres; éstas lo son de verdad. Sobre sus bustos ajados, indecisos, resaltan bandas y cintas celestes. Sentimos un calofrío. ¿Aun existen en París mujeres heroicas? ¿Hay católicas que se atreven á desafiar las iras de los anticlericales, que vienen con sus escapularios sobre el pecho á disputarles el camino del Sacré Cœur, tendiendo sus cuerpos osadamente á través de la calzada, barreras de carne viva opuestas por el viejo contra el nuevo fanatismo? Decepción. Los manifestantes las recibieron tranquilamente, cediéndoles un lu-

garcillo en la columna. Nos acercamos á despejar la incógnita: los escapularios eran bandas masónicas y la que presumíamos presidenta de una Congregación del Huerto, resultó hermana venerable de la logia Amigas de Lucifer. Este hecho no sorprende á un parisiense, pues la masonería francesa es andrógina. ¡Bonita página para la pluma deliciosamente desvergonzada de Leo Taxil!

El psicólogo mira y pasa. Una fe vale otra; dos fanatismos se equivalen. Si el histerismo de Juana de Arco fué heroico, también lo fué el de Théroigne de Méricourt.

En la manifestación hay muchos anarquistas; son la remolacha de esta ensalada rusa. En Italia, para evitar la represión gubernativa, se titulan «socialistas revolucionarios», resignándose á votar y aun á hacerse elegir diputados. En Francia agrúpanse en calidad de «librepensadores»; al respecto nos decía Juan Grave, hace pocos días, que les parece muy perjudicial confundirse con los socialistas, pues éstos son politiqueros oportunistas y cómplices del gobierno. Desde su absurdo punto de vista, Juan Grave no exageraba. Los grupos ácratas lucen letreros heroicos, que les habrían envidiado Cyrano ó Tartarín para sus más famosas empresas: «Los redentores del Universo», «Grupo de regeneración de la humanidad», «Los trompeteros del nuevo Apocalipsis». Por lo general, cada grupo consta de un cabecilla, bien mechado de oratorias frondosas, y de seis ó doce compañeros que lo admiran; el objeto de estos grupos no es preparar atentados dinamiteros, sino proporcionar al cabecilla frecuentes ocasiones de pronunciar el mismo discurso contra la «infame burguesía», la «inquisición clerical» y la «tiranía del sable». En el faubourg Saint-Antoine los hay por docenas;

sus reuniones son más entretenidas que los espectáculos del Moulin Rouge y del Varietés.

En la columna hay muchas mujeres. Son feas todas, no obstante ser parisienses; casadas las más, algunas gordas, y por excepción, una que otra menor de cuarenta años.

Es la época del recrudescimiento místico, la edad de las beatas en todas las religiones; en el caso presente, el misticismo se complica con la política. Las mujeres de París, cuando son jóvenes y bonitas, gastan pasiones más agradables. Las Luisas Michel, en todas partes, cuando no son temperamentos desequilibrados, son mujeres inútiles para la galantería é inaceptables en los salones de etiqueta, resignadas á hacer vida social en los clubs demagógicos. Un consuelo ó un desquite.

Después de los triples abrazos fraternales, á las 2 p. m., la columna comenzó á desfilar hacia el Sacré Cœur. *La Croix*, órgano católico, dice que eran mil; *Le Temps*, prudentísimo, concede tres mil; *La Petite République*, socialista, repunta hasta los diez mil; *L'Action*, anticlerical, transige discretamente en más de cincuenta mil... ¡Y hay quien niegue las ventajas de la libertad de imprenta!

Todos tenían una eglantina en el ojal de la solapa; un militar usaba distintivos y bandas masónicas, contándose por docenas los que lucían sobre el pecho medallas, compases y escuadras, triángulos, cuadriláteros, pentágonos y otras chafalonias de oro y plata. Durante el trayecto numerosos vocingleros vendían eglantinas artificiales y cantos revolucionarios: *La Internacional*, *La Carmañola* (¡con letra pornográfica! agrega en voz baja el vendedor), *La Anticlerical*, *Dinamitémoslos*, etc.

Las eglantinas valían un sueldo. Más baratas que los escapularios.

*
*
*

Puesto que los manifestantes iban á inaugurar un monumento al caballero De la Barre, digamos cuatro palabras sobre su trágica aventura anticlerical.

Carlos Dickens ha escrito el siguiente párrafo en una de sus encantadoras novelas: «La Francia, menos favorecida en materia de espiritualismo, se desliza con quietud por una pendiente de infinita dulzura. Fabricaba papel-moneda, que se apresuraba á malgastar, y bajo la dirección de sus pastores cristianos, se divertía en realizar actos sobremanera humanitarios: por ejemplo, quemando vivo á un joven después de haberle cortado las manos y arrancado la lengua, por no haberse puesto de hinojos, un día de lluvia, en honor de una procesión que pasaba á cincuenta metros de distancia.» Queriéndolo ó sin quererlo, Dickens cuenta en esas líneas la historia del caballero De la Barre.

Era la época en que Voltaire, D'Alembert, Diderot, Helvetius, Holbach y los otros enciclopedistas, con un talento sólo comparable á su pertinacia, batallaban contra la superstición religiosa, la decadencia política y la degeneración de las costumbres. Lefevre de la Barre, como otros nobles de su tiempo, seguía la nueva corriente y frecuentaba el círculo de aristócratas intelectuales que rodeaba á Deuville de Maillefeu, el mecenas que adelantaba fondos para los trabajos de la *Enciclopedia*. De la Barre tenía solamente diez y ocho años, detalle que aumenta su mérito según

sus biógrafos anticlericales, y que en nuestra opinión lo amengua. A esa edad el ultramontano es tan inconsciente como el ateo: pocos sabios ó filósofos han cargado á los cincuenta años con la responsabilidad de opiniones vertidas á los diez y ocho. En suma, De la Barre fué un chico á quien gustaba asumir actitudes originales, un aristócrata de cepa posando á demagogo.

Se buscó una ocasión para procesarlo, y hemos leído la curiosa sentencia en la Biblioteca Nacional.

«Visto que se le ha declarado debidamente convicto: De haber, deliberadamente y por impiedad, pasado el día de pascua á veinticinco pasos del Santísimo Sacramento, que se llevaba en procesión, sin quitarse el sombrero y sin ponerse de rodillas... De haber proferido blasfemias enormes y execrables contra Dios, la Santa Eucaristía, la Santa Virgen y los mandamientos de Dios y de la Iglesia... De haber mostrado respeto por libros infames, llamados filosóficos, entre los cuales se encuentra el *Diccionario Filosófico Portátil* del señor Arouet de Voltaire, que tenía sobre una mesa de su habitación, y ante los cuales se prosternaba, diciendo que se les debía más respeto que al Santísimo Tabernáculo... De haber profanado el Signo de la Cruz, haciéndolo por chacota y acompañándolo de palabras impías... De haber profanado el misterio de la consagración, diciendo en voz baja términos impuros sobre un vaso de vino que tenía en la mano y bebiendo en seguida... De haber profanado las bendiciones usadas en la Iglesia, haciendo la cruz y diciendo bendiciones jocosas sobre un pollo asado, en una hostería, con la circunstancia agravante de cometer esta abominable profanación en día viernes... De haber propuesto á un

tal Perignot que le ayudase á decir misa, por titeo...»

Por tanto... se le condena á hacer enmienda honorable... «allí de rodillas, con la cabeza y los pies desnudos, con una cuerda al cuello, llevando letreros en el pecho y la espalda que digan: «Por impío, blasfemador y sacrilego abominable y execrable», y teniendo entre sus manos un cirio ardiente del peso de dos libras, dirá y declarará en voz alta que se arrepiente de sus crímenes y pide perdón de ellos á Dios, al rey y á la justicia... Y en dicho sitio se le cortará en seguida la cabeza, la cual será arrojada á la hoguera junto con su cuerpo, para ser quemado con el ejemplar del *Diccionario Filosófico*, y sus cenizas arrojadas al viento.»

Todo se cumplió al pie de la letra; pero antes se le sometió á la «cuestión ordinaria y extraordinaria», es decir, le intercalaron cinco cuñas entre las rodillas, previamente encajonadas, suspendiendo el acto cuando los huesos estaban ya triturados y las carnes hechas jirones.

El proceso provocó protestas enormes. Se inició una campaña para rehabilitar la memoria del niño atrevido, á quien ya se proclamaba mártir del libre pensamiento. Voltaire fué de los más eficaces y contribuyó á la anulación del juicio, que se pronunció por decreto del 25 brumario del año II.

Para confirmar la regla de que nada hay más parecido que dos pasiones contrarias, la rehabilitación de De la Barre preludió las atrocidades cometidas por los adoradores de la Diosa Razón. El Terror reemplazó á la Inquisición: la eglantina remontó á la altura del escapulario.

* * *

La ola de manifestantes se hinchaba, crecía, rodando á compás de coros más entusiastas que afinados, principalmente *La Internacional*. En torno de una banderola roja, aislados, una veintena de españoles, en su mayor parte mal vestidos, manifestaban estrepitosamente su furia anticlerical. Más que gritar vociferaban, acompañando las diatribas con gestos excesivos, demasiado meridionales. A poco andar comprendimos que eran barceloneses, pues por cada centenar de palabras proferían treinta y cuatro blasfemias, haciendo «en Dios» y «en la Virgen Santísima» cosas que no se hubiera atrevido á mencionar el propio Voltaire en su *Diccionario Filosófico*. Conseguían llamar la atención, y al parecer no pretendían otra cosa; en ciertos momentos cabía pensar que desahogaban entusiasmos crónicos, aprovechando la circunstancia de hablar español, idioma tan conocido en París como el araucano y el kácano.

De pronto, en un intervalo entre dos estrofas de *La Internacional*, se produjo un relativo silencio en la columna: fué el apogeo de la pandilla catalana, y sus alaridos tronaron sobre cien metros á la redonda. Los franceses los miraban con desprecio no disimulado. Uno de los orfeonistas improvisados se apresuró á comentar con otro internacionalista de Montmartre:

—¡Son extranjeros!

El otro subrayó el injurioso comentario con una risa de suburbio y completó su pensamiento:

—¡Son bailadores españoles! ¡anarquistas toreros!

Y ambos, satisfechos y risueños, entonaron la estrofa siguiente de *La Internacional*.

Los anarquistas no se libran de esa característica mental del pueblo francés, y especialmente del

parisiense: el menosprecio absoluto por el «extranjero». No ser parisiense es una grosería; no ser francés es una circunstancia ridícula, una inferioridad, una deficiencia imperdonable. Los más sonados internacionalistas y antipatriotas son, en este punto, iguales á los demás franceses; por lo menos, y como transacción honorable, se limitan á creer que los antipatriotas franceses son los mejores antipatriotas del mundo. Hervé coincide perfectamente con Dérouléde en creer que el universo entero es una colonia intelectual y moral de Francia; ambos certifican que todo extranjero llegado á París es un salvaje que viene á encantarse con las maravillas de su civilización. Para el pueblo francés vale menos Spencer que un apache y Carmen Sylva infinitamente menos que una trotacalles de á tres francos.

Agreguemos un solo episodio á los mencionados, eligiéndolo entre cien que suprimimos. Se aproxima un grupo con un cartel: «Librepensadores del primer distrito»; debajo del título está inscrita una joya poética que procuramos traducir, conservándole sus características literarias y filosóficas:

El que ha inventado á Dios es un farsante.
Toda divinidad es una gran mentira.
De crucifijos arda una gran pira.
Pueblo, adelante;
Dios es mentira,
y su inventor ha sido un gran farsante.

Nos aproximamos, buscando la firma de algún Bibolini ó Carrasco anticlerical. El autor del fragmento poético guardaba el anónimo, por modestia sin duda. Interpelamos al badulaque portador del cartel.

—¿Usted entiende lo que ha escrito?

—Yo no lo he escrito, señor...

—Pero lo habrá leído...

—Desgraciadamente, no sé leer. Lo llevo porque ese caballero me paga un franco por toda la tarde...

Nos volvimos y un hombre regordete nos saludó servilmente. Era nuestro peluquero, á quien todos los domingos por la mañana vemos pasar, con su esposa é hijas, rumbo á la Magdalena, á la misa de ocho. En su peluquería afeitada á muchos clericales distinguidos y es suscriptor de *Le Gaulois*. Pero ello no le impide ser venerable de una logia del Rito de Mizraim; no contento con los treinta y tres grados del rito escocés, se permite el lujo de poseer el grado noventa! Le faltan diez para entrar en ebullición.

* * *

Entre un par de sonrisas y algunas muecas de náusea llegamos hasta la *maquette* del caballero De la Barre. Un amplio tablado, cubierto de coco rojo, chilla su color de ascua ante la puerta del Sacré Cœur; desde lejos parece una mancha de sangre, una cálida herida abierta en la frente de una poseída medioeval. A juzgar por el boceto, la estatua de Armando Bloch no será fea. El joven está de pie, atado al palo de la hoguera, con el busto ceñido por una doble vuelta de cadena. Acaba de sufrir la tortura y están junto á sus pies los instrumentos del suplicio. Sostiene su mano izquierda con la derecha; ese gesto no carece de simbolismo, pues la mano derecha es la del pensamiento y la izquierda la del corazón. El conjunto es eficaz, sugerente; en los detalles hay fuerza y armonía.

Algunos liberales lloraban viendo las cadenas

del infortunado joven; muchos besaban sus pies, con unción y respeto, místicamente, como besan los católicos el pie de San Pedro en Roma.

Al bajar de Montmartre encontramos algunos católicos sectarios que distribuían manifiestos firmados por «Un grupo de obreros de la Unión de los trabajadores libres» y por «Un grupo de estudiantes amigos de la verdad histórica». Pretendían demostrar que De la Barre no había sido víctima de la intolerancia religiosa, sino de la justicia civil; vana rectificación, pues el texto de la sentencia define claramente el caso.

De sobre una pared pudimos copiar un cartel manuscrito contra la «manifestación provocativa y ridícula de De la Barre». El texto es breve: «Sólo cabe decir una palabra respecto de esta manifestación, más absurda que injusta, en cuanto á los móviles del proceso. Y es que el primer verdugo de ese pobre chico, el verdugo moral de ese triste muchacho, de ese triple idiota corrompido que se dejó embaucar por un bribón astuto, es el más cínico mentiroso que haya habitado sobre el planeta: es Voltaire.» Firmado: «Una pedagoga francesa, llevada al estudio serio de las altas cuestiones religiosas y á la fe cristiana por esos pretendidos filósofos antirreligiosos cuyo corifeo es el desvergonzado farsante de Voltaire.»

Cambiando la palabra Voltaire por la palabra Dios, se diría que esta «pedagoga francesa» es la autora de los versos ateos del peluquero. O viceversa.

* * *

¿Enseñanzas?

Las ideas científicas y los teoremas filosóficos no están al alcance de las multitudes. Hay que te-

ner la honestidad intelectual de formular estas verdades antipáticas; quien lo haga no encontrará electores para su candidatura, clientes para su profesión, admiradores para sus escritos, aplausos para sus discursos. La multitud atea es análoga á la multitud mística. Ambas creen, ambas ignoran; ni la una ni la otra saben. Lo esencial es saber, no creer. En la boca de un ignorante igual valen la afirmación ó la negación de Dios; el creyente y el incrédulo son dos sofisticados. Los unos dan la limosna de su dinero á los sacerdotes; los otros dan la limosna de su voto á los diputados anticlericales. Nada más.

No concebimos un fisiólogo que conozca las funciones del cerebro y sea espiritualista. No comprendemos á un naturalista embriólogo que niegue el transformismo y el evolucionismo biológico. No consideramos psicólogo científico al que admita el libre albedrío y niegue el determinismo. Una interpretación filosófica del universo, considerado como conjunto de materia que se manifiesta por fenómenos, conduce al axioma del orden natural uniforme y constante, fundado en principios experimentales ya indiscutidos, como la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía. Esas opiniones son lógicas en Luciani ó Le Dantec, en Darwin ó Hæckel, en Flechsig ó Sergi, en Spencer. En determinadas etapas de la cultura intelectual se llega á «saber» ciertas nociones. Pero los grandes filósofos, los señaladores de rumbos, los investigadores de laboratorio, no forman tropillas ni rebañes. En toda época han sido astros solitarios, verdaderos estilistas del pensamiento.

El problema para las masas consiste en «creer». A los intereses políticos ó pecuniarios de las diversas sectas que pugnan por predominar en la socie-

dad podrá convenir que las multitudes crean una cosa antes que otra; pero objetivamente, como unidad psicológica y como valor social, un creyente vale otro. El sectario está enfermo de una idea fija y su exaltación es proporcional á su temperamento. Cuando se congrega forma rebaños, cuya alma gregaria sigue á uno ú otro pastor con igual ingenuidad. Hoy es negro, mañana rojo; hoy canta el *Himno á María*, mañana el *Himno de los trabajadores*; hoy se adorna con escapularios, mañana con eglantinas. El hombre de pensamiento no cabe en ninguna parte: compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano. Y si pudiera adelantarse en los siglos, si pudiera vivir según su moral futura, á quien le preguntara si se debe estar con Dios ó contra Dios, podría contestarle prescindiendo de la pregunta:

—El hombre libre debe estar consigo mismo y contra todos los rebaños.

Las fatigas de un huelguista

París, 1906.

«Huelga, espacio de tiempo en que uno está sin trabajar», según define el diccionario de la Academia. El valor ético de la huelga sería muy fácil de fijar si los términos del problema fueran sencillos. Si el trabajo es un mal, la huelga es un bien: si el trabajo es un bien, la huelga es un mal. La cuestión no es, empero, tan sencilla.

El trabajo es una necesidad fisiológica y todo ser viviente goza trabajando, según lo ha demostrado Carlos Féré en un docto volumen sobre «el trabajo y el placer». Pero esa verdad fisiológica no es exacta en la vida real. Hay dos clases de trabajo. El que se efectúa cuando se tiene disposición, de acuerdo con las inclinaciones individuales, resulta delicioso: el que se ejecuta por necesidad y sin vocación, bajo una férula cualquiera, es horrible. En la vida económica moderna, al hablar de trabajo y de trabajadores se alude siempre al desagradable, al trabajo obligatorio.

No está probado que Dios sentenciara al hombre: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente»; más exacto parece el refrán profundísimo: «El vivo vive del tonto, y el tonto de su trabajo.» Era sin